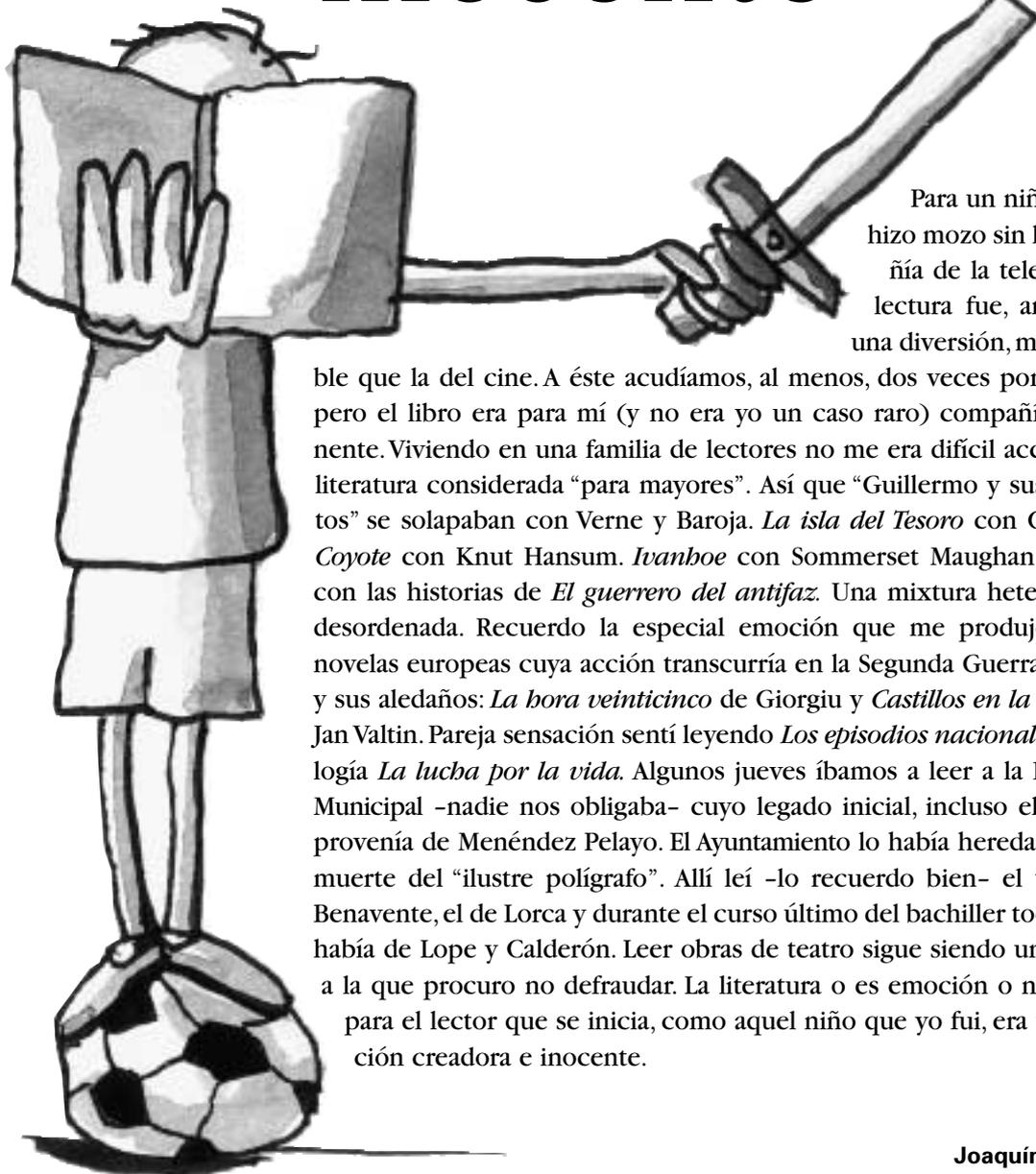




EL TEATRO TAMBIÉN SE LEE

La emoción inocente



Para un niño, que se hizo mozo sin la compañía de la televisión, la lectura fue, ante todo, una diversión, más accesible

que la del cine. A éste acudíamos, al menos, dos veces por semana, pero el libro era para mí (y no era yo un caso raro) compañía permanente. Viviendo en una familia de lectores no me era difícil acceder a la literatura considerada “para mayores”. Así que “Guillermo y sus proscritos” se solapaban con Verne y Baroja. *La isla del Tesoro* con Galdós. *El Coyote* con Knut Hansum. *Ivanhoe* con Sommerset Maughan. Dickens con las historias de *El guerrero del antifaz*. Una mixtura heterodoxa y desordenada. Recuerdo la especial emoción que me produjeron dos novelas europeas cuya acción transcurría en la Segunda Guerra Mundial y sus aledaños: *La hora veinticinco* de Giorgiu y *Castillos en la arena* de Jan Valtin. Pareja sensación sentí leyendo *Los episodios nacionales* y la trilogía *La lucha por la vida*. Algunos jueves íbamos a leer a la Biblioteca Municipal –nadie nos obligaba– cuyo legado inicial, incluso el edificio, provenía de Menéndez Pelayo. El Ayuntamiento lo había heredado tras la muerte del “ilustre polígrafo”. Allí leí –lo recuerdo bien– el teatro de Benavente, el de Lorca y durante el curso último del bachiller todo lo que había de Lope y Calderón. Leer obras de teatro sigue siendo una afición a la que procuro no defraudar. La literatura o es emoción o no lo es, y para el lector que se inicia, como aquel niño que yo fui, era una emoción creadora e inocente.

Joaquín Leguina